

ANTE UN CENTENARIO QUE SE APROXIMA:
EL DE P. E. BOISSIER

PEDRO Edmundo Boissier inició sus estudios botánicos en este pequeño continente llamado Península Ibérica el año 1837. Fué tal escuela España para el insigne botánico suizo, que, gracias a aquellos, había de irradiar sus conocimientos a las floras de Europa y Oriente, que en España precisamente se dan cita como tantas y tantas cosas de la Naturaleza y de la Humanidad.

Pero si la Península sintetiza en la gea, la flora y hasta la fauna al antiguo mundo, hay en ella misma algo que pudiéramos calificar de estilización de aquella síntesis; y es: Andalucía, y de Andalucía la Sierra Nevada, con el magnífico gradiente florístico de los 3,481 metros de altura sobre el estrato tropical del Mediterráneo; estratificación que tan admirablemente resume el ámbito desde el Ecuador a los Polos.

Se aproxima la fecha conmemorativa. Y es interesante pensar si sería oportuna una semana botánica centralizada en la Sierra Nevada, y con irradiaciones a Motril, Granada, Málaga, Córdoba y Sevilla. Una exposición de libros, retratos y manuscritos de insignes botánicos, y algunos temas encomendados a ponentes españoles y extranjeros serían complemento digno a las excursiones conmemorativas, tan hacederas gracias a la carretera que casi cruza ya la Sierra Nevada de vertiente a vertiente.

Pedro Edmundo Boissier nació en Ginebra el 25 de mayo de 1810.

Boissier nació ya botánico. Ya de estudiante herboriza en largas caminatas, a paso rápido.

Es en el año 1837 cuando viene a España, acompañado de un fiel criado suizo.

Venir a España en aquellos tiempos no era cosa agradable que digamos. Durante varias semanas Boissier, llegado por mar a Motril, acampó junto a los pastores de la Sierra Nevada; después de algún tiempo volvía a los mismos lugares recorridos para recoger las semillas de las plantas que antes hallara floridas.

En Córdoba fué ayudado por el célebre agustino Muñoz Capilla, botánico, pedagogo y filósofo, de cuyo herbario se nutrían los de otros sabios de aquellos tiempos—Lagasca, entre varios—, y en Málaga por Hœnsler y Prolongo. En las cumbres de la Sierra Bermeja (Estepoña) y en las de Tolox encuentra el célebre *Abies pinsapo*, cuyas semillas maduras sirvieron para propagar tan hermoso árbol a todos los jardines de Europa.

Regresa a Suiza. En años posteriores hace algún viaje a Oriente, publica los avances de los resultados y, por fin, sale de la imprenta, en 1845, su memorable *Voyage botanique dans le midi de l'Espagne*, fruto científico del estudio de los *¡cien mil ejemplares!*, con 1.800 especies precedentes de su cosecha española.

Esta obra constituye acaso la flora más bella que se conoce de un país, y en la introducción aparece, no el naturalista que escribe sólo para los iniciados o, tal vez sin saberlo, se confiesa a sí mismo, sino el hombre de corazón y de talento que juzga con visión certera sobre el estado social y político del país, con datos locales que atestiguan un don sagaz de observación.

En un atlas reúne 206 láminas, dibujadas y pintadas por un reputado artista, las cuales representan sobria y deli-

cadamente 236 especies nuevas, casi todas de las cumbres del Veleta, Mulhacén, Caballo, Alcazaba, Vacares...

Boissier queda prendado de la Sierra Nevada y de Granada para siempre. Y ya veremos cómo un suceso familiar lo une más y más a su segunda Patria española.

Los estudios botánicos en la seca España llevaron a Boissier a emprender sus excursiones por Grecia, Turquía, Arabia, Siria, Palestina, países tan parecidos al nuestro.

En estas tareas le ayudó su prima hermana Lucila Butini, con quien nuestro insigne biografiado había contraído matrimonio. Lucila murió en Granada el día 9 de julio de 1849, víctima de una brutal y rapidísima fiebre. ¡Triste y cruel ironía!

Y así como en los grandes genios existe siempre un desequilibrio somático, cuando no una enfermedad del cuerpo que repercute, exaltándolo, en el espíritu, esa herida moral, tan honda que no había de cerrarse jamás, exaltó en Boissier sus actividades científicas, como si Dios llamase a su compañera para que Boissier levantase a su memoria su obra botánica monumental, que ya no tendría el perfume de la mujer amante que con la mirada suave, la frase gentil y alentadora, desbroza al sabio las espinas del áspero y austero camino...

Refugió su espíritu en el cariño de su hermana y su cuñado, el célebre conde de Gasparín, que para Boissier fué el más tierno y el más amado de los hermanos.

De por vida dedicóse a su gigantesca *Flora de Oriente*, pero siempre efectuando frecuentes y rápidos viajes a España, que tan cara le hubo resultado después de serle tan querida. También recorre los Alpes marítimos, Alemania, Austria, Bohemia, Noruega, Dinamarca...

En su jardín de Valeyres trasplanta vivos los ejemplares más notables procedentes de sus correrías; y lo mismo

hace en su otro jardín próximo a Ginebra, junto al lago Lemán, con orquídeas, bromeliáceas y plantas tropicales de adorno. Llegó a cultivar aquí ¡2.000 especies!

Uno de aquellos viajes es el del año 1865, con sus hermanos; fruto del cual es el libro de la condesa de Gasparín: *A través de las Españas, 1869*.

Años después recorre otra vez los Alpes suizos y el Tirol.

Sus viajes por Oriente, Italia y España y sus numerosas excursiones por los Alpes le habían permitido recoger un gran número de especies, entre las cuales figuraban en primer lugar las plantas alpinas, cultivadas en sus hermosos campos de Valeyres de una manera poco menos que milagrosa, donde se llegaron a contar hasta 3.500 especies, ninguna vulgar.

Boissier poseía una gran fortuna, y desde 1852 no escatimaba ningún gasto para enriquecer sus colecciones con especies que no había podido recoger él por sí mismo.

El herbario del gran botánico viajaba constantemente entre Ginebra, le Rivage y Valeyres, pues Boissier gustaba de trabajar en el campo.

1868, 69, 71. Viajes y más viajes: España, la Riviera, Alpes marítimos, Zermatt..., en busca de alguna rarísima *Saxifraga*, y con los miembros molidos tras brutales caminatas; 1872, 74, 76, 77, 78, España, España, casi siempre España; Riviera, Abruzzos, Portugal...; 1879, Picos de Europa y travesía de la cordillera cantábrica de Potes a Cervera, Peña Redonda; 1881, Baleares y Valencia; 1882, España otra vez; 1883, Tesino; 1884, Zermatt; 1885, Costa Azul y Riviera.

La última escalada fué el 9 de julio del 85, a la cumbre del Suchet.

Era animoso en sus viajes y, más viejo que sus acompañantes, infundiales energías físicas y morales; gran organizador, habría sido un oficial de Estado Mayor

inapreciable. Infundía respeto por doquier.

Se trataba de un sabio alegre, sociable, que reía siempre, abierto a todos los intereses, accesible a todo el mundo, y que se ocupaba asiduamente de las necesidades de la iglesia de Valeyres y de sus pobres, como si no existiese para él ninguna otra preocupación.

Mantenia extensa correspondencia, en la cual, sin preocupación de estilo, campeaba una libertad, una hombría de bien encantadora, que reflejaban al amigo amable y servicial.

Boissier fué hombre indulgente, modesto, a pesar de saberse un espíritu superior. Si se comparaba a los demás era

para estimarse él inferior. Por eso la enumeración de las distinciones de que fué objeto sería rendir a su memoria un homenaje que en vida lo habría escalofriado.

JUAN CARANDELL.

N. de la D.—Por creerlo de gran interés, publicamos un extracto del artículo de nuestro consocio J. Carandell, aparecido en *Reseñas científicas* de la Sociedad Española de Historia Natural, tomo VI (págs. 43 a 49).

En nuestro número de agosto hemos dado la noticia de la constitución de un Comité para la organización de los actos del centenario del ilustre botánico penibetista P. E. Boissier.

